

MESIANISMO EN CLAVE PROFÉTICA Y DE SIERVO, EL DE JESÚS. A PROPÓSITO DEL AÑO DE LA FE

P. Francisco Javier González*

ABSTRACT

The following article's purpose is to study in depth Jesus' messianism, as it develops in the Gospel, and find a suitable interpretative view of Isaiah's Suffering Servant of Yahweh prophecy in the Old Testament, as well as in other texts from the Psalter and the Prophets, as a result of the event of grace of Jesus' paschal mystery, for all those who accompanied him on his journey from Galilee to Jerusalem. A subject to be considered with regard to the Year of Faith announced by Pope Benedict XVI.

KEY WORDS: *Messianism; Gospel; Suffering Servant of Yahweh; Isaiah; Paschal Mystery*

El siguiente artículo desea profundizar en el tema del mesianismo de Jesús, tal cual se va desarrollando en los evangelios, hasta encontrar una clave de lectura interpretativa satisfactoria en la profecía veterotestamentaria del Siervo Sufriente de Yahvéh de Isaías y otros textos del salterio y los profetas, como fruto del acontecimiento de gracia del misterio pascual de Jesús, para todos aquellos y aquellas que le acompañaron en su camino de Galilea a Jerusalén.

El obstáculo permanente para abrirse y aceptar la novedad inaudita del mesianismo de Jesús, será la precomprensión de “Mesías” que tenían los contemporáneos de Jesús, incluyendo a los doce, hasta el final de los relatos evangélicos.

* **P. Francisco Javier González Carrión.** Salesiano de Don Bosco. Bachiller en Teología por la Universidad Pontificia Salesiana. Licenciado en Educación mención filosofía en la UCAB. Licenciado en Teología Bíblica por la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma. Cursos de extensión en la Escuela Bíblica de Jerusalén. Miembro de la Asociación Bíblica Salesiana. Profesor de Sagrada Escritura pregrado y posgrado en el Instituto de Teología para Religiosos (ITER) Facultad de Teología de la UCAB y en Seminario Santa Rosa de Lima. Reside y trabaja pastoralmente en las comunidades de los Barrios Unidos de Petare, Caracas. (gonzalezcfrancisco@gmail.com)

Las consecuencias que se desprenden de la aceptación y seguimiento del Mesías Jesús, en clave profética y de siervo, son cruciales para la verificabilidad de toda iniciativa y empresa que pretenda en la historia llamarse cristiana. Esta es la piedra de toque que ha asumido, profética y valientemente, el Concilio Ecu­ménico Vaticano II, para discernir permanentemente en el tiempo, la fidelidad de la Iglesia a su Señor en la misión que Él le ha confiado. Y por ello, todas estas reflexiones bíblico-teológicas, a propósito del año de la fe.

LA ENIGMÁTICA PROFECÍA DEL SIERVO SUFRIENTE DE YAHVÉH¹

Con la profecía del Siervo Sufriente², Dios ha indicado de qué manera Él mismo realizaría en el futuro el contenido de la alianza (*Berit*)³. La figura del Siervo de Yahvéh era la flecha que indicaba de qué modo “juicio y muerte”, serían superados; la flecha que indicaba la dirección de la vía hacia la salvación.

Pero Israel no veía o, mejor, no quería ver la flecha, la señal hacia donde apuntaba la profecía del Siervo de Yahvéh. El resto de Israel que regresaba desde Babilonia hacia la patria se creía autorizado a esperar un futuro glorioso, pero la llegada a Jerusalén fue una desilusión grande.

Israel cambia de jefe político; ya no serán los persas sino los griegos⁴. Ahora el Señor quiere enseñarle algo a Israel; le quiere enseñar que el futuro dependerá sólo de la acción de Dios. Esto ha sido, en efecto, la cosa más dura a ser aceptada por Israel durante toda su historia. Dios es libre, es libre de hablar y de callar; Dios en su libertad decide callar, así el profetismo calla, porque Dios calla. Comienza el gran silencio en la historia de Israel.

1 Cf. Habets P., Teología dell'AT, 2da. Parte. *L'alleanza infranta, la nuova alleanza*, Material mimeografiado para la especialidad de Teología Bíblica, Pontificia Universidad Gregoriana (Roma 1999)

2 Cf. Is 52,13-53,12.

3 Se está haciendo referencia a la catástrofe nacional que supuso la destrucción de Jerusalén, capital del reino de Judá en el año 586 a.C. y la lacerante experiencia de casi cincuenta años de exilio que vinieron a continuación.

4 Este cambio de jefes políticos fue sumamente contrastante: de una legislación y administración que concedía amplias libertades, sobre todo en el campo religioso, a los pueblos dominados (política persa), se pasa a una legislación que imponía el control/dominación no sólo en el campo territorial sino también en el cultural y el religioso (política griega).

Sin embargo aquel silencio era necesario para preparar a Israel al momento en el cual Dios habría decidido la llegada de la salvación. Pero Israel no ha entendido, Israel en su sed de salvación no tenía paciencia, y de este modo Israel comenzaba por propia iniciativa “tentativos” para obligar a manifestarse la salvación. Estos tentativos fueron el mesianismo y la apocalíptica.

Sin el mesianismo y la apocalíptica no existiría un Nuevo Testamento. No obstante, el mesianismo y la apocalíptica poseen un carácter ambiguo, ya que se presentan como solución de construcción humana que cierra la puerta a la solución inédita que viene de Dios.

El primer tentativo que Israel ha acometido después del exilio para anticipar la llegada de la salvación es el mesianismo. Las características más importantes del mesianismo son: a) espera la salvación solamente en forma histórico-política, b) espera la salvación para el futuro inmediato. Conectándose a la promesa de Dios a David (2Sam 7: oráculo de Natán) y a otros diversos oráculos proféticos pre-exílicos (Is 9; 11), oráculos que anuncian un salvador futuro, Israel en el post-exilio crea una personalidad llamada Mesías. Éste tiene la misión de representar a Dios sobre el territorio de Palestina y gobernar a Israel en nombre de Dios.

Israel se imaginaba al Mesías como un héroe militar, héroe que en el inmediato futuro debería derrotar a todos los enemigos de Israel. Se esperaba la salvación futura en el plano histórico-político-terreno y mediante fuerzas puramente intrahistóricas. Para Israel era inaceptable la figura de un Mesías sufriente. Israel no podía combinar la imagen del Mesías político con la profecía del Siervo de Yahvéh (*'ebed Yhwh*).

El segundo tentativo para obligar a manifestarse la salvación fue la apocalíptica. Está conectada al mesianismo, pero es más radical. Está de acuerdo con el mesianismo en cuanto que la realidad debe transformarse, pero según los apocalípticos no se puede esperar que esta transformación ocurra por efecto de fuerzas intrahistóricas. La apocalíptica busca la solución en un futuro meramente suprahistórico. El interés de la apocalíptica está vuelto hacia la irrupción de la eternidad, pero no toma en serio la dimensión del mundo y de la historia. La apocalíptica desvaloriza totalmente el mundo y la historia porque según su modo de ver, el mundo y la historia son malos, están corrompidos. En el fondo la apocalíptica no quiere aceptar que el mundo y la historia son la base insustituible de las promesas referidas al futuro en la historicidad de las relaciones Dios-pueblo.

En este humus de insaciable sed de cumplimiento que pretendía a toda costa obligar a manifestarse la salvación, es donde debemos ubicar el inédito mesianismo de Jesús en clave profética y clave de siervo.

Las expectativas mesiánicas en tiempos de Jesús

En el evangelio de Juan, los primeros días de Jesús están marcados por una serie de preguntas formuladas en base a las expectativas mesiánicas del pueblo judío⁵. Son preguntas que se hacen a Juan el Bautista, y que éste las aprovechará para orientar la atención sobre Jesús, a quien presentará a sus discípulos como el **Cordero de Dios que quita el pecado del mundo**.

Los sacerdotes y levitas enviados de Jerusalén le preguntan al Bautista: ¿quién eres tú? Tras esta pregunta no hay únicamente el deseo de saber la identidad de la persona de Juan, sino indagar si esa identidad coincide con la del Mesías esperado, el Cristo anhelado por el pueblo de Israel. Y Juan el Bautista, sabiendo perfectamente lo que había detrás de esa pregunta, responderá sin ambages “yo no soy el **Cristo**”.

Ante esta respuesta segura y contundente, los enviados de Jerusalén pasarán de inmediato a preguntarle: “¿qué pues? ¿Eres tú **Elías**?”. A lo que él también negará.

Pasan entonces a una tercera pregunta los enviados de Jerusalén: “¿eres tú **el profeta**?”. Y Juan responderá con un claro y conciso “no”.

Finalmente los sacerdotes y levitas resumen todas sus preguntas e inquietudes en una sola: “¿qué dices de ti mismo y por qué bautizas, si no eres el **Cristo**, ni **Elías**, ni el **profeta**?”⁶.

Este interesante modo de iniciar el evangelio de Juan nos da una nítida idea del hambre y sed de salvación que se vivía en la Palestina del tiempo de Jesús,

5 Cf. Jn 1,19-28.

6 Estos títulos, de algún modo, recogen las expectativas mesiánicas presentes en el tiempo de Jesús. Elías habría de venir nuevamente para indicar al pueblo la inminente llegada del Mesías, según la profecía de Malaquías (Ml 3,23-24). “El profeta” se referiría al anunciado por Moisés en el Deuteronomio: “Yahvéh tu Dios te suscitará, de en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo: a él escucharán” (Dt 18,15). Sobre el tema de las expectativas mesiánicas en tiempo de Jesús se puede ampliar en Moloney F. J., <<Teología Joánica>> en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, Estella 2004, 1227-1230.

siglo I de la era cristiana, cuando el pueblo judío, junto con otros muchos pueblos del antiguo próximo oriente, estaba sometido bajo el poderío del imperio romano.

Esta hambre y sed de salvación, de liberación, ya llevaba bastante tiempo de estar presente en todos los sectores de la sociedad israelita de aquel entonces. Pero quienes más la sufrían y padecían eran los pobres, los más desamparados e indefensos, los que no contaban con ninguna protección, con ningún tipo de poder, influencia o autoridad. Era el **pueblo de la tierra**, que hasta para la misma clase dirigente de Israel resultaba despreciable, y hasta maldecida por Dios, según su visión de las cosas⁷.

El hambre y la sed de justicia, de liberación, de salvación, dividía a la misma sociedad judía. Esto resultaba más evidente en Jerusalén, la capital, el centro político y religioso de la nación judía; allí estaba el templo de YHWH, el Dios de Israel; allí estaba la sede del Sanedrín, y la sede del procurador romano.

El grupo de los fariseos, al que pertenecían muchos escribas y maestros de la ley, con **su apego riguroso e inflexible a la ley de Moisés** deseaban con ello preparar y hasta apurar la venida del Mesías, del Salvador de Israel. El grupo de los esenios había emigrado de la ciudad y se había refugiado en el desierto, junto al Mar Muerto, allí **entre estrictos ayunos, prácticas de purificación, oración y meditación de la Escritura**, esperaban unirse al ejército celestial del Mesías para arrojar del país a los impíos y a todos los que con ellos habían colaborado. El grupo de los zelotas, próximo a las concepciones de los fariseos, eran aún más extremistas, militantes y fanáticos, **estaban dispuestos con el uso de la violencia, de las armas**, a unirse a la anhelada figura mesiánica, su líder indiscutible, para recuperar la soberanía de Israel y restablecer el reinado davídico. Los saduceos, grupo al que pertenecía las familias de los sumos sacerdotes, tenían el control religioso de la nación judía, el sumo sacerdote encabezaba al sanedrín, órgano de gobierno y de toma de decisiones, su poder llegaba hasta donde se lo permitía la ley del imperio romano, este grupo gozaba de una alta posición económica, **su actitud era colaboracionista con el estado de cosas reinantes**; eran contrarios a todo lo que pudiera significar amenaza del lugar sagrado, del templo⁸.

La mayoría del pueblo, como se dijo anteriormente, vivía oprimido bajo el peso de agobiadores impuestos que todos sin excepción debían pagar al César; quien no podía pagar los impuestos, terminaba entregándose como esclavo o empeñando su propiedad, sin cierta esperanza de poder recuperarla algún día;

7 Cf. Artus O., *Aproximación actual al Pentateuco*, CB 106, Estella 2001, 11.

8 Cf. Segalla G., *Panoramas del Nuevo Testamento*, Estella 2000, 72-104.

las multitudes empobrecidas, llenas de deudas, aquejadas por un sin número de enfermedades, despreciadas por las clases dirigentes, daban un desolador aspecto, **andaban como ovejas errantes, como ovejas sin pastor**⁹.

En este contexto lleno de conflictividad, impregnado de expectativas de liberación y de salvación, la figura del Mesías prometido en las Escrituras era crucial, era clave. Por eso la insistencia de las autoridades de Jerusalén cuando enviaron sacerdotes y levitas a interrogar a Juan Bautista, personaje que había causado impacto en la población y hecho renacer en muchos la esperanza de la llegada inminente del Mesías.

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo

Esta frase de la carta del apóstol Pablo a los gálatas llama profundamente la atención. Se trata de la “plenitud de los tiempos”, de ese tiempo kairótico, marcado por la gracia de Dios, precisamente cuando el mundo tenía más necesidad de él. Tiempo clave en que ya la justicia humana no daba más de sí, tiempo en que **la violencia, el poder y la fuerza se revelaban ineludible y paradójicamente como el único modo de imponer la paz**¹⁰ y el orden en el mundo. Tiempo en que las seis tinajas de piedra para los ritos de purificación de los judíos, se habían quedado vacías, exhaustas, ni siquiera tenían ya agua, de tanto ser llenadas, vaciadas y vueltas a llenar para ser vaciadas a continuación, sin ningún resultado perdurable, permanente¹¹.

La plenitud de los tiempos llega precisamente en el momento en el cual ni la ley del imperio romano, ni la ley judía estaban dando respuesta a la sed infinita de salvación oculta en lo más hondo del corazón humano.

“Y al llegar **la plenitud de los tiempos**, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la condición de hijos” (Gal 4, 4-5).

En Jesús de Nazaret el reinado mesiánico comienza a hacerse presente

9 Cf. Mc 6,34; Mt 9,36. Se debe tener en cuenta también que el término “pastor” es muchas veces utilizado en el AT para indicar a los jefes políticos, reyes y príncipes, a los sacerdotes, a los que tienen el encargo de regir al pueblo con justicia, de atender a sus necesidades, de procurarles una vida digna, según los preceptos del Dios del éxodo y del Sinaí: defensor de pobres, de huérfanos y de viudas.

10 Debe recordarse aquí la famosa expresión de la “pax augusta”: “la paz” que por medio del empleo de la fuerza y el miedo, imponían los emperadores romanos en todos los territorios que estaban bajo su dominio.

11 Cf. Jn 2,1-12.

Hay un pasaje del evangelio de Mateo¹² que tiene su paralelo en el evangelio de Lucas¹³, donde Juan el Bautista, preso por orden de Herodes y habiendo oído hablar de las obras de **Cristo**, manda a preguntar a Jesús por medio de sus discípulos: “¿eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?” (Mt 11,3).

La pregunta hace entrever el desconcierto de parte del Bautista por el modo inesperado de manifestarse Jesús como Mesías (Cristo). Un modo que escapaba de todos los pronósticos y los cánones preestablecidos por los grupos de su tiempo, e incluso por los parámetros del mismo Bautista, que esperaba un Mesías juez implacable, terrible como fuego purificador y devorador¹⁴.

La respuesta que Jesús da a los discípulos de Juan es que le cuenten lo que están oyendo y viendo: “los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres el Evangelio. *Y feliz aquel que no se escandalice de mí*” (Mt 11,4-6).

Con esta respuesta que brota de lo que los enviados de Juan están oyendo y están viendo, quedan convertidos en testigos de la llegada del reinado de Dios, inaugurado por su Mesías, un Mesías sin parangón en el imaginario de todos los grupos de aquella época.

La visión preponderante que tenían la mayoría de los grupos de aquel entonces, era la de un Mesías lleno de fuerza y de poder político-militar, a ejemplo del rey David, que habría de venir a restablecer la soberanía de Israel y arrojar derrotados a todos sus enemigos. Un Mesías que por lo incontrastable de su señorío impondría el reinado de Dios y restituiría la libertad al pueblo y la observancia impecable de la Torah en toda la tierra de Israel. Es en este contexto que debe entenderse toda la fuerza de la expresión utilizada por Jesús en la cita anterior: “*y feliz aquel que no se escandalice de mí*”¹⁵

Pero es que el Mesías Jesús viene a mostrar un modo inédito e inaudito del señorío de Dios en el mundo, un modo que se parece más a la figura de *profeta/siervo sufriente* que a la de monarca, príncipe, héroe militar, rey.

Mesianismo en clave profética

12 Cf. Mt 11,2-15.

13 Cf. Lc 7,18-28.

14 Cf. Mt 3,10-12.

15 Ya en plena trama del relato evangélico se vislumbra el horizonte de la *kénosis*, de la pasión del Mesías.

Es muy sugerente notar cómo el evangelio de Lucas ha querido presentar a Jesús en el discurso inaugural en la sinagoga de Nazaret. Ha mostrado a Jesús ante sus paisanos como el cumplimiento de las promesas hechas a los padres, contenidas en la Escritura; como el ungido (Mesías/Cristo) del Señor venido para anunciar el Evangelio a los pobres, la liberación a los cautivos, la llegada del año de gracia del Señor:

Se le entregó el volumen del profeta Isaías, y al desplegar el volumen encontró el pasaje donde estaba escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido; me ha enviado a evangelizar a los pobres, a predicar liberación a los cautivos y vista a los ciegos; a enviar en libertad a los oprimidos, a proclamar el año de gracia del Señor”.

Cuando enrolló el volumen y lo entregó al ministro se sentó. En la sinagoga los ojos de todos estaban clavados en él. Y empezó a decirles: “esta Escritura, que acaban de oír, se ha cumplido hoy” (Lc 4, 17-21).

Como primera reacción sus paisanos se asombran, se maravillan ante las palabras llenas de gracia que salían de su boca, y ante el calibre del contenido de lo que les estaba proclamando.

Pero muy pronto comienzan también a aparecer dudas en su interior. Y empezaron a decirse unos con otros: “¿no es éste el hijo de José?” Es decir, tratando de parafrasear la pregunta, “¿cómo pretende éste apropiarse en primera persona de la profecía de Isaías¹⁶, si a éste lo conocemos y sus familiares comparten nuestra misma situación?”, “¿cómo puede éste actualizar en sí mismo la profecía del Mesías del Señor, liberador de los oprimidos, proclamador del año de gracia, siendo uno de los nuestros, tan insignificante y marginal como nosotros?”.

Ante esta reacción que ya se tornaba hostil, Jesús se adelanta para decirles con certeza lo que están pensando en relación a él: “Y les dijo: seguramente me van recordar el refrán: médico cúrate a ti mismo” (Lc 4,23).

Es decir, retomando el discurso directo, “¿cómo pretendes inaugurar la llegada de los tiempos mesiánicos en tu condición de pobre, de nazareno¹⁷, sometido bajo el peso de la ley?”. Querían, pues, que les demostrara su poder, porque no

16 Cf. Is 61,1-2.

17 Nazaret en tiempos de Jesús era un aldea que quedaba perdida entre las montañas de Galilea. Ya el hecho de ser una aldea y pertenecer a la provincia de Galilea era motivo de mala fama y desprecio por parte de los habitantes de Jerusalén y de Judá que consideraban a Galilea como tierra de paganos, tierra de sombras. Cf.: Jn 1,45-46; Mt 4,14-16.

daban fe a sus palabras; y exigían ver también ellos, allí en Nazaret, los portentos que decían había obrado en otras partes.

Por todo ello, Jesús acabó diciéndoles: “En verdad les digo que ningún *profeta* es bien recibido en su tierra” (Lc 4, 24).

A la hora en que se anuncia la anhelada venida del Señor en su Mesías, los propios paisanos de Jesús son los que se oponen a este anuncio y no lo creen.

Las expectativas fijas en un Mesías imponente por medio de su fuerza y su poder, venido de fuera, con prerrogativas extraordinarias nunca vistas, impidieron a aquellos nazarenos y a muchos otros de su tiempo, abrirse a la proclamación del “Evangelio” que él les anunciaba de parte de Dios.

Jesús, entonces, buscará interpretar y hacer comprender su mesianismo que irrumpe en la historia a la luz del testimonio profético¹⁸. Cita a su auditorio incrédulo de Nazaret pasajes claves referidos a los profetas Elías y Eliseo¹⁹. El uno enviado a una pobre mujer viuda de Sarepta de Sidón, fuera de los confines de la tierra de Israel, en tiempos de hambre y sequía; el otro mediando en la sanación de un leproso, también extranjero, Naamán, el sirio.

Tanto en uno y otro caso Jesús resalta la actitud de estos personajes ante el requerimiento del profeta, en claro contraste, tácito, en relación a la actitud del pueblo de Israel.

La pobre mujer viuda de Sarepta se fía en la palabra del profeta Elías quien le anuncia, de parte de Dios, que no morirá ni ella ni su hijo, que confíe y le dé de comer, pues no se ha de acabar la harina ni agotarse el aceite. La mujer aceptó y vio cumplido lo dicho por el profeta. A destacar también aquí que *el profeta se presenta necesitado, menesteroso, casi muriendo de hambre, y portador, al mismo tiempo, del mensaje de salvación del Señor*. Esta pobre viuda extranjera, excluida del pueblo depositario de la promesa, no se ha fijado en las apariencias, ha creído en la palabra pronunciada por *el indigente hombre de Dios*. Sólo el pobre reconoce la visita de Dios en el pobre. En este sentido un día también Jesús dirá lleno de gozo en el Espíritu Santo: “Te alabo y te bendigo Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y a inteligentes y se las has revelado a los pequeños” (Lc 10,21).

Por otra parte, Naamán, después de haber reaccionado en un primer mo-

18 Cf. González C., F. J., <<Exclusión/Inclusión desde la perspectiva del jubileo bíblico>>, en *Anthropos Venezuela*, (41 - 2), 2000, 67-82.

19 Cf. 1Re 17,7-15; 2Re 5,1-14.

mento con escepticismo y presunción ante el requerimiento hecho por el profeta Eliseo, decide seguir los consejos de sus siervos y acepta la propuesta que le hace el profeta: se baña siete veces en *el pequeño río Jordán*, y al instante queda sano de su lepra. Como reacción reconoce la misericordia del Dios de Israel y no encuentra cómo tributar su gratitud.

A destacar aquí el detalle de la aceptación por parte de Naamán de *los consejos de sus siervos*; y el otro detalle de la *pequeñez* del río Jordán en comparación con los “grandes” ríos de Siria, y *lo simple y sencillo del gesto* que le manda hacer el profeta.

Dios realiza su salvación valiéndose siempre de los medios pobres; esos medios que el mundo considera insignificantes e irrelevantes²⁰; sin embargo, por ellos y en ellos, el Señor está actuando su salvación para cuantos confían y aceptan tal anuncio. No se deben olvidar, en este sentido, las parábolas que Jesús propone al pueblo para hacer comprender que las cosas del reino de Dios, guardan misteriosa semejanza con lo pequeño, con lo menudo, con lo escondido; empieza como algo diminuto, apenas perceptible en la historia, y llega luego a ser muy grande y significativo²¹.

Mesianismo en clave de siervo

Todas las narraciones evangélicas son unánimes al reportar, precisamente, que el primer anuncio de la pasión de Jesús, está precedido por el reconocimiento de su mesianismo, por parte de los apóstoles²².

Justamente en el momento en que los doce, en la persona de Pedro, reconocen, por graciosa revelación, a Jesús como el Mesías de Dios, Jesús se adelanta para precisarles el inaudito e inédito plan de Dios respecto a su ungió: Jesús es el Mesías, pero un Mesías siervo, un Mesías sufriente, un Mesías que padece, a la manera que indicaba la misteriosa profecía del Siervo de Yahvéh de Isaías²³.

Es Marcos quien nos informa sobre la inmediata reacción del mismo Pedro, ante el primer anuncio de la pasión de Jesús, el Mesías: “Tomándolo aparte, Pe-

20 Cf. 1Cor 1-2.

21 Cf. Mt 13,31-46; Mc 4,26-32.

22 Cf. Mt 16,13-28; Mc 8,27-33; Lc 9,18-22. En Jn la confesión de Pedro se realiza con palabras equivalentes al título de Mesías: “Tú eres el Santo de Dios”, (Jn 6, 68-69) al final del discurso del Pan de vida; e inmediatamente en la narración joánica aparece el horizonte de la pasión, al indicar que Jesús, decide subir a Jerusalén en ocasión de la fiesta de las tiendas. Allí donde los judíos deseaban matarlo (Jn 7, 1.25-26).

23 Cf. Is 52,13-53,12.

dro se puso a reprenderle” (Mc 8,32). Es decir que Pedro se puso a confrontarlo, a marcarle él la pauta a Jesús, a decirle que esa figura de “Mesías sufriente y humillado” no corresponde con la figura de Mesías que todos están esperando anhelantemente en Israel; que no cabe en el imaginario de los doce ni de ninguno de los grupos religiosos de aquel entonces, un Mesías distinto al triunfalista, revestido de incontrastable poder, según la lógica del mundo²⁴.

A esta impetuosa reacción de Pedro, según la narración de Marcos, Jesús responderá con determinación: “¡Quítate de mi vista, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres” (Mc 8,33). Esta respuesta que brotaba de lo más profundo del corazón de Jesús, marcará el intenso drama de todas las narraciones evangélicas, precisamente a partir de este momento: dos horizontes simbólicos que no logran hacer intersección, dos perspectivas que no lograrán converger²⁵, sino hasta ese *kairós* que será la pascua de Jesús, el Mesías.

La gracia que otorgó el Espíritu Santo, en virtud del misterio pascual de Jesús, a la primitiva comunidad cristiana, permitió “ver/interpretar” a la luz de la “naciente fe” y con la ayuda de las Sagradas Escrituras, especialmente la profecía del Siervo sufriente de Yahvéh de Isaías y varios salmos, entre los que destaca el Salmo 22, el escándalo de la cruz de Jesús como la expresión más grande del amor de Dios por el mundo; en esa cruz y en ese crucificado Dios, el Padre, estaba reconciliado consigo al mundo y a todos los hijos e hijas de Adán entre sí.

Esta fe, como salto cualitativo y absoluta novedad de la gracia, es la que se refleja en los relatos de la pasión que tenemos en los evangelios y en varios escritos del Nuevo Testamento: la comunidad cristiana primitiva que comenzó a leer los acontecimientos de la pasión y muerte de Jesús, el Mesías, en clave de Siervo sufriente²⁶:

24 A partir de este momento en la trama narrativa del evangelio de Marcos se va a producir como una especie de “línea separadora de aguas”, después del primer anuncio de su pasión, el modo como venía realizando su misión tendrá una transformación, se concentrará más en la formación del grupo de los doce y en el itinerario que habría de conducirlo a Jerusalén; pues “no conviene que ningún profeta muera fuera de Jerusalén” (Lc 13,33).

25 Al respecto comenta Xavier Thévenot: “Encerrados en un **sueño de omnipotencia**, los discípulos se imaginaban que Jesús lo iba a resolver todo por arte de magia (apelando a su poder). Pero he aquí que Jesús tuvo que arrostrar la muerte y el fracaso. Jesús, peregrino de Emaús, se les aparece a los discípulos y les recuerda, mediante el comentario de la ley y los profetas, aquel entredicho divino del segundo relato de la creación, que obliga a todos los seres humanos a enfrentarse con la finitud”. Cf. Thévenot X., *El pecado hoy*, Estella 1989,31-59.

26 Cf. Mc 15,28; Lc 22,37; Jn 19,16-18; 1Pe 2,22-25; Hech 8,30-34; Hb 5,7-10.

“El, siendo de condición divina, no se apegó a su igualdad con Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando la condición de siervo” (Flp 2, 6-7).

Jesús, Pastor – Rey - Mesías de Dios, según el evangelio de Juan, hace consistir la legitimidad de su título como “el Buen Pastor” del rebaño, en su capacidad de “**dar su vida por las ovejas**”, a diferencia del ladrón, del salteador, del lobo, o del asalariado, que sólo vienen a hacer estragos, o a quienes no les importan las ovejas.

Hay que destacar que esta cualidad/capacidad de Jesús que se presenta abiertamente como el Buen Pastor que “**da su vida por las ovejas**”, es única e irrepetible en comparación con las funciones propias de los “pastores” de Israel²⁷. Es por ello que Jesús dirá: “Todos aquellos que vinieron antes son ladrones y salteadores, pero las ovejas no les escucharon” (Jn 10,8). En cambio: “Yo soy el Buen Pastor. **El Buen Pastor da su vida por las ovejas**”(Jn 10,11). Una vez más aparece la expresión “Pastor” (Mesías) en labios de Jesús, entendido en clave de siervo, de servicio, de amor, y no de poder, dominio, o sometimiento a través de la fuerza.

7) Mesías solidario que vino a proclamar el Evangelio del Reino de Dios

Pero ¿qué se entiende por Evangelio? Las siguientes palabras de Benedicto XVI lo explican muy bien, colocando la expresión en su contexto histórico y jurídico:

“Este término forma parte del lenguaje de los emperadores romanos, que se consideraban señores del mundo, sus salvadores, sus libertadores. Las proclamas que procedían del emperador se llamaban “evangelios”, independientemente de que su contenido fuera especialmente alegre y agradable. Lo que procede del emperador, esa era la idea de fondo, es **mensaje salvador**, no simplemente una noticia, sino **transformación** del mundo hacia el bien.

27 Cf Moloney F. J., *The Gospel of John*, Sacra Pagina, Collegetteville 1998, 300-312: Existe una consistente y fuerte tradición en el AT que presenta a los líderes/dirigentes infieles de Israel como malos pastores que entregan el rebaño a los lobos (Jer 23,1-8; Ez 22,27; Za 10,2-3). Por todas partes en el AT Dios es presentado como el pastor del pueblo de Dios (Sal 23, Sal 80). Pero la experiencia del exilio hizo tambalear la fe de muchos, entonces Dios fue presentado como el futuro pastor del pueblo (Jer 31,10; 13,17; 23,3; Is 40,11; 49,9-10; Ez 34,11-16). La posición del adjetivo calificativo después del nombre, en el texto griego de Jn 10,11: *ho poimen ho kalos*, enfatiza que Jesús es **el buen pastor** en contraste con los malos pastores. Jesús aparece así conectado con la tradición del Mesías: pastor del pueblo de Dios. La expresión “**el buen pastor da la vida por las ovejas**” no tiene ningún paralelo en la Biblia. Todo va apuntando, en la trama narrativa del evangelio, a la continuación de la historia de Jesús. Se separa así de la figura del Mesías davídico esperado, y se identifica con la figura de siervo.

Cuando los evangelistas toman esta palabra, que desde entonces se convierte en el término habitual para definir el género literario de sus escritos, quieren decir que aquello que los emperadores, que se tenían por dioses, reclamaban sin derecho, aquí ocurre realmente: se trata de un *mensaje con autoridad que no es sólo palabra sino también realidad; no es simple comunicación, sino acción, fuerza eficaz que penetra en el mundo salvándolo y transformándolo*. San Marcos habla del “*Evangelio de Dios*”: no son los emperadores los que pueden salvar al mundo, sino Dios. *Aquí entra en acción el verdadero Señor del mundo, el Dios vivo*”²⁸.

He aquí, pues, que las primeras proclamaciones de Jesús en el desarrollo de su ministerio mesiánico, según el testimonio de Marcos y Mateo, se presentan como el gozoso anuncio del *Evangelio* del Reino de Dios que se acerca, que llega:

“Y después que Juan fue entregado, Jesús fue a Galilea, predicando el Evangelio de Dios, y diciendo: *Se ha cumplido el tiempo, y ha llegado el reino de Dios. Arrepiéntanse y crean en el Evangelio*” (Mc 1, 14-15)²⁹.

A partir de este gozoso anuncio del Evangelio del Reino de los Cielos en labios de Jesús, comenzará a hacerse realidad, con palabras y gestos, la cercanía del reinado de Dios, y lo comenzarán a experimentar los más abandonados y sufridos, los relegados y empobrecidos, enfermos, los más pequeños y humillados. En Jesús, el Mesías, Dios, pues, se ha hecho definitivamente *Emmanuel, Dios con nosotros*. Y este es el Evangelio de la vida que proclama la Iglesia al mundo y a la creación entera.

El programa salvífico, mesiánico que Jesús proclama en la sinagoga de Nazaret comenzará a realizarse cabal y plenamente en su persona. Él actualiza en sí mismo la profecía de Isaías relativa al ungido, al Mesías de Dios: “Esta Escritura que acaban de oír se ha cumplido hoy” (Lc 4, 21).

Qué interesante en este sentido los sumarios de la actividad de Jesús que nos presentan los evangelistas de forma concisa y elocuente:

“Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando el *Evangelio del Reino* y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mt 4,23); “y los atormentados por espíritus impuros se curaban; y toda la gente intentaba tocarlo, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos” (Lc 6, 18-19).

28 Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. Desde el bautismo a la transfiguración*, Bogotá 207, 73-74.

29 Cf. Mt 4,23.

Las fuerzas presentes en la historia que oprimen y amenazan la vida humana, con la llegada de Jesús van comenzando a retroceder, se va instaurando gradualmente la presencia del reino de la vida, del reino de Dios.

De algún modo, se afirma desde ya, que con Jesús es irrevocable la llegada de los tiempos nuevos, de la actualización de las promesas de salvación en la historia y la presencia en el mundo de la fuerza solidaria de un Mesías cercano, hermano, humano porque profundamente divino, consolador de los indefensos, pequeños y desamparados, en quien se ha posado la plenitud del Espíritu y quien promete este mismo Espíritu desde el Padre a todos, habiendo pasado primero, para ello, por la prueba del rechazo, de la cruz y de la muerte.

Se trata de un Mesías que hace brotar en los pequeños y excluidos del mundo, una esperanza creíble desde su total solidaridad para con ellos³⁰.

Y en verdad, los pequeños y desamparados de la tierra, a quienes encontró Jesús a su paso, así lo experimentaron. Experimentaron con él, en él y por él la salvación prometida de Dios; encontraron en él vida y esperanza, se sintieron apreciados en su dignidad de personas y de hijos(as) de Dios; se experimentaron liberados de sus más pesadas esclavitudes, de sus pecados, de la fatalidad de ser considerados y considerarse a sí mismos maldecidos y olvidados de Dios. Jesús en cambio los llamará dichosos, bienaventurados³¹. Y les reveló con palabras y gestos el rostro misericordioso de Dios, el corazón todo compasivo de Dios Padre³².

Los pequeños y desamparados, los pecadores públicos y prostitutas, los leprosos y atormentados por todo tipo de males, descubrieron en Jesús que Dios les visitaba y se acercaba amorosa, solidaria y misericordiosamente a ellos. Nunca nadie les había hablado de Dios así, ningún maestro en Israel les había comunicado con tanta autoridad cómo es Dios, misterio insondable de amor.

Él no vino a abolir la ley y los profetas, sino a darles plenitud³³. Plenitud en su persona, en sus palabras y gestos. La plenitud que necesitaba la ley para hallar su verdadera hermenéutica, y su dilucidación definitiva y convincente³⁴:

30 Cf. Sobrino J., <<El resucitado es el crucificado>>, en *Globalizar la Esperanza*, México 1998, 80-85.

31 Cf. Mt 5,1-12; Lc 6,20-23.

32 Cf. Lc 15,4-32.

33 Cf. Mt 5,17.

34 Cf. Limbeck M., <<Inspiration>>, en *Nouveau Dictionnaire de Théologie*, Paris 1996, 431-436: destaca la univocidad de Jesucristo sobre ciertas cuestiones centrales, de los cuales los escritos del AT no aportan una respuesta unívoca. Estos escritos constituyen sin embargo, el transfondo indispensable para comprender la persona y la obra de Jesús, y reciben, por otra parte, de él

“Porque la ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo” (Jn 1,17).

Y los pobres, los humildes, los sencillos, los pequeños del pueblo, los que habían puesto en Dios su esperanza, se alegraban, se regocijaban llenos de asombro, al ver que un gran profeta había surgido en medio de ellos; y glorificaban a Dios a causa de Jesús:

“El asombro se apoderó de todos y glorificaban a Dios. Y llenos de temor decían: hoy hemos visto cosas increíbles” (Lc 5,26).

8) El Mesías Jesús, profeta-siervo, asocia discípulos a su misión

Todos los relatos evangélicos coinciden en que desde los mismos inicios del ministerio mesiánico-profético de Jesús, él comenzó a llamar discípulos para que *estuvieran con él* y para *enviarlos a evangelizar*, haciéndolos así copartícipes de su misión, autoridad y poder, poder para bendecir y dar vida:

“Y según iba por la orilla del mar de Galilea vio a Simón y a Andrés, hermano de Simón, echando la red en el mar, pues eran pescadores. Y Jesús les dijo: *venid detrás de mí, y haré que seáis pescadores de hombres*. Y en seguida, dejando las redes, lo siguieron” (Mc 1,16-18).

El llamado al discipulado implica compartir la vida con Jesús, hacer experiencia de *quedarse con él*, descubrirlo como amigo, maestro y pastor de sus vidas, como el camino, la verdad y la vida³⁵; a tal punto de poder decir con Pedro:

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6,68-69).

Sólo a partir de esta *experiencia de estar con Jesús*, de *compartir con él*, puede darse el siguiente paso del único proceso: *ser enviados, ser misioneros del Misionero del Padre*.

Él asocia a su misión discípulos, forma con ellos una comunidad fraterna, que a través de la comunión entre ellos y Jesús, testimonian el amor que Dios le tiene al mundo. Comunidad fraterna que se muestra ante el mundo como una co-

una univocidad que conviene. Sin el AT, Jesús sería incomprensible en sus puntos esenciales, y sin Jesús el AT permanece equívoco. La complejidad de los escritos de Israel harían pensable y aceptable otro tipo de Mesías, más en la línea de la realeza y lo político.

35 Cf. Jn 14,6.

unidad alternativa, donde no prevalece la lógica del poder y de las influencias, sino la del servicio y la abnegación por amor:

“El que quiera ser el más importante entre ustedes, debe hacerse el servidor de todos, y el que quiera ser el primero, se hará esclavo de todos. Sepan que el Hijo del Hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida como rescate por una muchedumbre” (Mc 10,43-45).

La comunidad de discípulos que congrega Jesús son un don del Padre a Jesús; Jesús los cuida y los preserva del maligno, para que no se pierda ni uno solo de los que el Padre le ha confiado. Él ofrece su vida por ellos, para que ellos, a su vez, y únicamente a continuación, den la vida por Jesús y por sus hermanos. Hasta el día en que pueda ser congregado un solo rebaño, y un solo Pastor³⁶.

9) Las tentaciones: mesianismo confrontado

Un tipo de mesianismo así, inaudito e inesperado para la época, cargado de libertad, verdad y valentía, que hace opción por los pobres e insignificantes de la tierra, tenía que vérselas tarde o temprano con el poder de este mundo. Y eso en la vida de Jesús no tardó en llegar.

El poder erigido en ídolo tiende inexorablemente a homologar todo atisbo o repunte de libertad, verdad y liderazgo que no dependa de él, que no se le someta o se le rinda. Si no logra homologarlo, lo destruirá, porque no consiente que nada se le equipare o se atreva a desafiarlo, o a dejar en evidencia su inconsistencia fundamental propia de ídolo que necesita víctimas para perpetuarse como Dios.

He aquí, entonces, los relatos que encontramos en los evangelios de las tentaciones de Jesús³⁷: “***Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan***”: es decir, demuestra tu poder como Hijo de Dios saltándote las mediaciones humanas, sáltate el tiempo, los procesos, violenta la constitución de las creaturas³⁸; a lo que Jesús dirá: “no ***sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale***

36 Cf. Jn 10,16.

37 Cf. Mc 1,12-13; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13.

38 Cf. Thévenot X., *El pecado hoy*, Estella 1986, 42: “Es interesante advertir que en este jardín, llamado “de delicias”, en donde la vida parece tan agradable, el hombre tiene que enfrentarse con las mediaciones que exige el cultivo del suelo. Vivir feliz no es, según el autor del texto, vivir en la inmediatez, como podía hacerse en el mundo fusional. Esta convicción la recogerá indirectamente Lucas (4,3). En efecto, el diablo le propone a Jesús utilizar **su poder de Hijo de Dios** para ahorrarse la mediación del trabajo: <<Con sólo la fuerza de tu palabra, cambia estas piedras en pan>>. Pero Jesús se niega precisamente a esta forma de ejercicio de la omnipotencia”.

de la boca de Dios”. “*Si eres Hijo de Dios, tírate abajo porque está escrito que dará órdenes a sus ángeles para que te cuiden*”: es decir prueba que Dios está contigo, prueba que Dios te defiende y te protege, en otras palabras, usa a Dios, manipúlalo a tu conveniencia, eso es mostrar que dominas, que tienes poder; a lo que Jesús responderá: “*también está escrito: no tentarás al Señor, tu Dios*”. “*Te daré todo esto si me adoras postrándote*”; es decir, reconoce finalmente que si no te cuadas o haces arreglos o componendas conmigo, si no me reconoces como Señor, no tendrás ningún tipo de éxito en lo que pretendas emprender, porque yo tengo bajo mi poder el mundo, esto es, en otras palabras, lo que estaría diciendo el tentador. A lo que Jesús replicará: “¡vete, Satanás! Porque está escrito: Al Señor tu dios adorarás, y a él solo servirás”.

Los evangelios colocan los relatos de tentación al inicio de la narración de sus obras inspiradas; pero esto no quiere decir que las tentaciones se dieron sólo al comienzo del ministerio profético-mesianico de Jesús; sino a lo largo de toda su vida hasta el momento de la cruz en el que muchos le gritarán desafiándolo:

“*Si eres Hijo de Dios, bájate de la cruz; sálvate a ti mismo, si eres el Mesías para que veamos y creamos*” (Mc 15,29-32).

10) El secreto de su peculiar mesianismo

El secreto de la verdad del Evangelio que predicaba, de la autoridad con que enseñaba, y de la fuerza de su singular mesianismo, estaba en su relación con Dios, el Padre. Jesús llamaba a Dios *padre suyo*, y esto era motivo de controversia y escándalo para los judíos, pues con esta afirmación y con ese trato tan familiar, Jesús se igualaba a Dios³⁹.

En efecto una originalidad propia de Jesús es que llamaba a Dios con la palabra *Abba*, palabra aramea perteneciente a los primeros vocablos con los que un niño que está aprendiendo a hablar llama a su padre. Vocablo que está cargado de ternura, de confianza y afecto. En labios de Jesús expresaba una relación marcada por el amor filial, impregnado de entrega, abandono amoroso y de una confianza sin límites⁴⁰.

39 Cf. Jn 10,27-33.

40 Hace recordar al Salmo 131, el salmo de la confianza filial de Israel para con su Dios. En dicho salmo aparece la metáfora del “niño recién destetado” (*gamul* en hebreo) que comienza a aprender a moderar sus deseos, a apaciguarlos, sabiendo que su madre, sobre quien reposa, dispondrá cuándo y cómo volverá a alimentarlo para no dejar que muera de hambre.

Y esto sorprendió mucho a sus discípulos: el modo tan familiar y confiado que tenía Jesús para dirigirse a su Padre en **la oración**, a tal punto que le pedirán que los enseñara a orar como él lo hacía⁴¹.

Los evangelios narran que pasaba noches enteras **dedicadas a la oración**, a **hablar con su Padre**, buscando fuerza, luz y discernimiento de su voluntad. Estas **escenas de oración**, en efecto se presentan en momentos cruciales de la vida o ante decisiones importantes⁴².

El prólogo del evangelio de Juan dirá que Jesús es el verdadero revelador del Padre porque aún habiéndose hecho carne y habiendo puesto su tienda entre nosotros, nunca dejó su relación íntima e inmediata con el Padre:

“A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo Unigénito de Dios, el *que está*⁴³ *en el regazo del Padre*, ése lo reveló” (Jn 1,18).

A través de esta relación que lo vivificaba, que le concedía plena autoridad y poder para dar vida, Jesús llegó a enfrentar los momentos más duros y conflictivos que se le presentaron, inclusive el rechazo, el abandono de los suyos, la muerte en cruz:

“Mirad, va a llegar una hora y ya ha llegado, en la que os dispersaréis, cada uno a lo suyo, y me dejaréis solo; *pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo*” (Jn 16,32).

11) Su vida entregada por la salvación del mundo, al modo del Siervo de Yahvéh

Hay gestos que resumen toda una vida, tal fue el gesto que Jesús realizó con los suyos antes de partir de este mundo al Padre, en aquella memorable cena de pascua:

Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles y les dijo: Con ansia he deseado comer esta Pascua con ustedes antes de padecer porque les digo

41 Cf. Mt 6,9-13; Lc 11,2-4.

42 Cf. Lc 6,12-16; Mc 1,35-39; Mt 26,39-42.

43 En el texto griego de este versículo conclusivo del prólogo de Juan encontramos el verbo *eimi* en la forma de participio presente; pero se debe recordar que los tiempos verbales griegos no indican única y principalmente la dimensión cronológica, cuantitativa de la acción; sino sobre todo la cualidad de la acción; es decir el **aspecto** subjetivo desde el cual se considera la acción de parte del hablante o del que escribe. En este caso el tema del presente destaca la cualidad de la acción como algo ininterrumpido, como una acción no sujeta al tiempo, se destaca el aspecto de continuidad: Jesús, el Hijo, que vive / que **está permanentemente** unido a su Padre.

que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios. Tomó luego pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: “Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes; hagan esto en memoria mía.” De igual modo, después de cenar, tomó la copa, diciendo: “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre, que se derrama por ustedes” (Lc 22,14-20).

Con este gesto Jesús estaba celebrando la cena de Pascua con sus discípulos, cena en la cual el pueblo de Israel conmemoraba año tras año la liberación otorgada por YHWH cuando sacó a sus padres de la esclavitud de Egipto, fiesta en la que se renovaba la alianza entre El Señor y su pueblo.

Pues bien en aquella comida cultural, memorial de la liberación y de la alianza, Jesús introdujo palabras y gestos nuevos, no previstos en el ritual de la pascua judía. Tanto las palabras pronunciadas al partir y entregar el pan, como las palabras pronunciadas al entregar la copa llena de vino, a sus discípulos, estaban anticipando proféticamente la entrega del cuerpo y sangre de Jesús, es decir toda su persona, el día siguiente cuando habría de pasar por su pasión y muerte en cruz.

Es su cuerpo que se entrega por sus discípulos; es la copa de su sangre que se derrama por muchos. La vida de Jesús ha sido y es una *proexistencia*, un vivir por y para los demás, una vida entregada gratuita y generosamente para que otros tengan vida, y vida en abundancia⁴⁴.

Y con su sangre derramada en cruz, Jesús sella la nueva y eterna alianza de Dios con la humanidad. Sangre que perdona los pecados y funda la nueva familia de los hijos e hijas de Dios, la Iglesia, en Él y por Él, el Hijo.

En aquella memorable cena, **resumen de toda la vida de Jesús**, éste se despojó de su manto, se puso en pie, tomó agua en una jofaina, se ató una toalla a la cintura y comenzó, uno por uno, a lavar los pies a sus discípulos. Y al final les dijo:

“Si yo que soy el Maestro y Señor les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros” (Jn 13,14).

Jesús ha venido a servir y no a ser servido⁴⁵. El lavatorio de los pies también anticipaba proféticamente, su sangre que habría de ser derramada en la cruz para la remisión de todos los pecados. Es por eso que dijo a Pedro, que no se quería dejar lavar:

44 Cf. Jn 10,10.

45 Cf. Mc 10,45.

“Lo que hago contigo ahora tú no lo puedes comprender, lo comprenderás más tarde” (Jn 13,2-15).

Finalmente también en aquella memorable cena, Jesús les entrega a sus discípulos el mandamiento nuevo del amor:

UN MANDAMIENTO NUEVO LES DOY, QUE SE AMEN LOS UNOS A LOS OTROS COMO YO LOS HE AMADO (JN 13,34).

Y la medida de su amor, que es lo que constituye la novedad del mandamiento, es *hasta el extremo, hasta dar la vida*, incluso por aquel que le traiciona y aquel que le niega, por aquellos que lo abandonan. **La hora de la pasión es la hora del amor glorificado**⁴⁶.

Tal gesto de amor hasta el extremo está por fuera de toda lógica humana, de toda lógica de justicia retributiva, y totalmente inexistente para la lógica del poder⁴⁷: *Si el poder y la fuerza tienen la razón, no hay lugar para el amor en este mundo*⁴⁸.

12) E inclinando la cabeza entregó el espíritu

En el evangelio de Juan el tema de la sed es uno de los ejes transversales: la sed de la gente, la sed de las multitudes, la sed de los(as) discípulos(as), y la sed del propio Jesús.

46 Jesús, conducido ante el sumo sacerdote, atado, interrogado sin la presencia de testigos, abofeteado por uno de los guardias, negado como maestro y Señor por uno de los suyos, manifiesta a nivel histórico lo que se podría llamar una gloria humana humillada, ultrajada. Pero en esa debilidad e impotencia, está siendo revelada a un nivel más profundo, la claridad de la verdad y el resplandor de la inocencia, la injusticia del mundo y la potencia del amor que alcanza su máxima glorificación en la fidelidad mantenida, no obstante la traición y la negación de los propios; resuena aquí el transfondo veterotestamentario de la figura del siervo sufriente de Yhwh. Cf. Simoens I., *Selon Jean*, III, 757.

47 Según la tradición joánica el primer nombre de Dios es “amor”. Ahora el amor no necesita decir, para afirmarse y comunicarse, que él es. Se trata de la lógica de la sobreabundancia del amor, opuesta a la lógica de la equivalencia de la justicia, que, de algún modo, introduce un cierto llamado a la lógica de la paradoja. De “Yo soy el que soy” a “Dios es amor”. Cf. LaCocque A. – Ricoeur P., *Penser La Bible*, Paris 1998, 368-369.

48 Frase final de la película *La Misión*, que recoge magistralmente todo el mensaje y el argumento desarrollado en la trama fílmica sobre la experiencia de evangelización que se dio en las misiones paraguayas, en los albores de los primeros anuncios del evangelio en tierras de América.

En el capítulo cuatro Jesús se presenta como hombre sediento que pide de beber a una mujer samaritana también sedienta: “*dame de beber*” (Jn 4,7). Dos sedientos, cada uno a su modo, cada uno con una sed específica, buscando encontrarse.

Más adelante en la narración del evangelio, Jesús vuelve a decir: “*si alguno tiene sed, que venga a mí*, y beberá el que cree en mí, como dice la Escritura: de su seno correrán ríos de agua viva” (Jn 7,37-38). Y ya finalizando la narración del evangelio, en la escena de la cruz, Jesús pronuncia una de sus últimas palabras: “*Tengo sed*” (Jn 19,28).

¿Cuál es esa sed de la gente, sed de las multitudes, sed de los discípulos y discípulas? Es, como se decía al inicio de este artículo, una sed profunda de salvación, de redención, de liberación de arraigadas esclavitudes, de perdón, de reconciliación, sed de amor, sed de Dios.

La de Jesús es sed de comunicar la salvación de Dios, sed de proclamar el Evangelio de la gracia, sed de entrega hasta el extremo, manifestando en ello el amor que el Padre le tiene al mundo, sed de ser recibido y acogido por todo hombre y mujer que viene a este mundo⁴⁹; sed de nuestra fe; en resumidas cuentas: **sed de entregarnos su Espíritu:**

“Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: <<*Todo está cumplido*>>. E inclinando la cabeza *entregó el espíritu*” (Jn 19,30).

Desde ahora Jesús está en la gloria. Su gloriosa resurrección de la muerte coincide con la consumación de la misión y su vuelta al Padre. Él había dicho que tenía poder para dar la vida y poder para recuperarla de nuevo; esa era la orden que había recibido de su Padre⁵⁰.

La fe en la resurrección de Jesús de entre los muertos es la solemne proclamación de que el Padre que está en los cielos había aceptado, aprobado y glorificado toda la vida de Jesús, todo su entero testimonio, cuanto enseñó y actuó en medio de los hombres y mujeres del mundo:

“Por eso Dios lo exaltó y le otorgó en Nombre, que está sobre todo nombre” (Flp 2,9).

El último suspiro de Jesús en la cruz preludia la efusión del Espíritu. Espíritu prometido por Jesús, don del Padre y del Hijo y que se derramará sobre toda

49 Cf. Jn 1,9.

50 Cf. Jn 10,18.

carne para poner en pie testigos valientes y audaces del **Evangelio de la vida**, que irán por todo el mundo comunicando la experiencia de salvación acontecida de manera definitiva e irrevocable en Jesucristo⁵¹, la sublime vocación humana/divina que nos ha sido revelada en Cristo: vocación de hijos(as) de Dios (filiación divina), vocación de hermanos(as) (fraternidad universal), vocación de custodios de la creación⁵².

13) A propósito del año de la fe

El papa Benedicto XVI ha convocado a toda la Iglesia, a través del *motu proprio Porta fidei*, a celebrar a partir del 11 de Octubre de 2012 y hasta el 24 de Noviembre de 2013, el año de la fe. El motivo principal ha sido el no dejar pasar por alto el aniversario de un acontecimiento histórico y de gracia para toda la Iglesia universal y para el mundo: **el cincuenta aniversario de la inauguración del Concilio Ecuménico Vaticano II**, y el veinte aniversario de la promulgación del Catecismo de la Iglesia Católica.

El acontecimiento de gracia que supuso y supone el Concilio Ecuménico Vaticano II, va en la línea preponderante de todo cuanto se ha venido diciendo en el presente artículo: una Iglesia que vuelve a contemplar el rostro de Su Señor y Fundador, redescubriendo con gozo el llamado de su fidelidad a Jesucristo, no puede sino presentarse ante el mundo como profética y servidora de la humanidad, solidaria con ella.

En este sentido es impresionante el texto del documento de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* de Vaticano II que se expresa así:

*“Mas como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia está destinada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. Cristo Jesús, existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo, **tomando la forma de siervo** (Flp 2,6-7) y por nosotros se hizo pobre, siendo rico (2Cor 8,9); así la Iglesia aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, **no está constituida para buscar la gloria de este mundo**⁵³, sino para predicar la humildad y la abnegación también con su ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a evangelizar a los pobres, y levantar a los oprimidos (Lc 4,18), para buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10); de manera semejante la Iglesia abraza a todos los afligidos por la debilidad humana, más aún, **reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente**, se esfuerza en aliviar sus necesidades y pretende servir en ellos a Cristo” (LG 8).*

51 Cf. Mt 28,16-20; Lc 24,44-49.

52 Cf. Ef 1,3-14; Col 1,13-20.

53 Los subrayados son nuestros.

Este texto está revestido de una gran novedad, valentía y audacia en el contexto de una Iglesia que busca reencontrarse con su identidad más profunda y su misión en el mundo contemporáneo, redescubriendo el rostro de su Señor, del Cristo del Evangelio, y decididamente abierta a los signos de los tiempos, a las realidades del mundo y de la historia.

A este respecto otro texto paradigmático del Concilio, lo tenemos en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* (Sobre la Iglesia en el mundo actual):

“El gozo y la esperanza, las tristezas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón. Pues la comunidad que ellos forman está compuesta de hombres que, reunidos en Cristo, son dirigidos por el Espíritu Santo en su peregrinación hacia el reino del Padre, y han recibido para proponérselo a todos, el mensaje de la salvación. **Por ello esta comunidad se siente verdadera e íntimamente solidaria con la humanidad y con su historia**⁵⁴” (GS 1).

Y en otro número del mismo documento afirma abiertamente:

“No se mueve la Iglesia por ambición terrena alguna, sólo pretende una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu Paráclito, la obra del mismo Cristo que vino al mundo **para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir, no para ser servido**” (GS 3).

Lo que está, pues, proclamando el Concilio con vigor profético es que el camino de Jesús se hace normativo para sus discípulos de todos los tiempos. Ese mismo Espíritu que selló el inicio de la misión profética y mesiánica de Jesús, es el mismo que se ha concedido mediante la pascua del Señor a todos los creyentes.

De ello se sigue, fieles a las propuestas del Concilio Vaticano II, la invitación a continuar recorriendo el mismo camino de Jesús en la originalidad, complejidad y creatividad del hoy que corresponde vivir.

Él, como se intentó dejar ver a lo largo de estas páginas, ha inaugurado con su venida el tiempo de gracia, el año jubilar que promulgaba liberación, perdón, salud, redención para todos los oprimidos de la tierra. Y llevó a cabo su ministerio salvífico mediante la solidaridad con ellos hasta el extremo de compartir la muerte,

54 El subrayado es nuestro.

y una muerte en cruz⁵⁵, haciéndose hermano solidario para siempre de todos los crucificados de la historia.

Desde esta solidaridad creíble ha abierto para todos, incluyendo a los opresores y potentados de este mundo, la posibilidad de salvarse abriendo cada quien su corazón al grito del pobre que clama.

La tarea, pues, hoy, que el Concilio les recuerda a los discípulos-misioneros de Jesús es proseguir en gozosa, creativa, audaz y riesgosa fidelidad el testimonio que Él ha inaugurado para siempre; y que ha encargado continuar hasta cuando vuelva al final de los tiempos.

Pero no se puede realizar esta tarea de cualquier manera, corriendo el riesgo de traicionar la misión que confió el Señor a su Iglesia, o de camuflar bajo el ropaje del evangelio las ansias de poder y dominación que buscarían seguir imponiéndose. Él nos enseñó el camino de la encarnación, el camino de la solidaridad desde abajo, el camino de la identificación con el sufrimiento del prójimo, el camino del asumir las cruces de la historia y cargar responsablemente con ellas, el camino del abandono confiado en las manos del Dios Padre, Todopoderoso porque Todosolidario. **Se trata, pues, de una solidaridad práctica frente al fracaso de todos los intentos de liberación concebidos y realizados como actos de poder⁵⁶.**

En este sentido es sumamente cuestionante el escandaloso abandono del “**lugar del pobre**” que se está llevando a cabo por muchas congregaciones religiosas e instancias de la Iglesia en América Latina, en estas últimas décadas. Escandaloso repliegue si se lo ve a la luz de las opciones del Concilio Ecuménico Vaticano II y sus recepciones latinoamericanas, a partir de Medellín y Puebla. De un hermoso, desafiante y prometedor movimiento de inserción entre los más pobres, se regresa ahora a puestos y situaciones de “mayor seguridad” y “concentración de fuerzas”.

Los discípulos y discípulas de Jesús de todos los tiempos y latitudes, de todas las razas y culturas, en el espíritu de fe que ha animado al Concilio Ecuménico Vaticano II, han de tener como paradigmática **la vida histórica de Jesús**, tal cual nos la transmitieron los apóstoles, testigos presenciales de las palabras, gestos, pasión, muerte y resurrección de Jesús, contenida de manera preeminente en los santos evangelios⁵⁷.

55 Cf. Flp 2,8.

56 Cf. Mieth D. – Theobald C., <<Dios, ¿de quién es Dios? La perspectiva de las víctimas>>, en *Concilium* 279 (1999), 59-62.

57 Cf. 1Jn 1,1-4.

La piedra de toque para el discernimiento de toda iniciativa y empresa que pretenda en la historia llamarse cristiana, es su verificabilidad con **los criterios y las opciones del Cristo del Evangelio**, fuente de inspiración permanente para todos los dones y carismas que el Espíritu del Resucitado hace surgir en la Iglesia para la edificación del Cuerpo de Cristo en la historia y salvación del mundo. *Y feliz aquel que no se escandalice de mí*, dice el Señor, también en esta hora marcada de temores y perplejidades.